

Para hacerme entender dar de su historia
Prosáicos detalles necesito:
Mas cuando de ella la mohosa escoria
Hoy con la pala del recuerdo agito,
Tu poética faz, tu luz de gloria
¡Ay de mí! sé que anublo y que marchito;
Y parte tál de la leyenda mia,
Es narracion vulgar no poesia.

LIBRO PRIMERO.

MÉJICO.

NARRACION.

(1551.)

I.

Era en el siglo aquel de las hazañas,
En que hidalgos de rústicos solares
Abrian á la fé nuevas Españas,
Después que el buen Colon la abrió los mares:
Y poniendo de madre con entrañas
En su pendon la cruz de sus altares,
Iba España por ambos hemisferios
Abriendo mundos y borrando imperios.

II.

Pisa Cortés la playa mejicana,
Y abarcando su espléndido horizonte
Se tiende su mirada soberana
De volcan en volcan, de monte en monte.
De ellos detrás, de multitud lejana
Que airada espera que contra él se apronte
Són amenazador le trae el viento....
Y audaz le aspira con placer su aliento.

III.

Trás aquellas ciclópeas montañas
Y agrestes precipicios solitarios,
Á donde huyen ante él de sus cabañas
Miseras los medrosos propietarios,
Siente alzarse contra él huestes extrañas
Al rumor de sus pasos temerarios:
Vendrá acaso sobre él la tierra entera,
Y él la siente venir y audaz la espera.

IV.

Su ojo de halcon percibe entre la bruma
Por entre aquellos riscos y barrancos,
Que fia en Dios y en su constancia suma
Para poner ante su espada francos,
Empenachados de pintada pluma
Móviles grupos y estandartes y blancos;
Un pueblo en fin que en presentarse tarda,
Y que á ver antes de atacar aguarda.

V.

De esos montes detrás hay un imperio:
Al fin con su señor cruza mensajes;
De uno á otro palabras de misterio
Traen y llevan extraños personajes.
Á su amago ceder es vituperio,
Y demencia exigir sus homenajes:
Mas el misterio penetrar que encierra
Es fuerza, aunque haya que forzar la tierra.

VI.

Cortés crée que cejar deshonra á España:
Su fé, acicaté de su honor, le incita
Á acometer la temeraria hazaña
De avanzar sobre un pueblo, á quien irrita
Y asombra al par su pretension extraña;
Su audacia más la oposicion escita,
Y cuanto más glorioso le parece
Más en intento tál se fortalece.

VII.

De héroes un puñado le acompaña
Para dar cima á tan hercúleo antojo;
Asombrada su hueste grita «¡á España!»
Cortés sus naves sin temor ni enojo
Quema, y abre su homérica campaña.
Diciendo á su legion con noble arrojo:
«Para volver del mar á la otra orilla
Esta hay que conquistar. ¡Dios por Castilla!»

VIII.

Fé, fortuna, valor, estratagemas.
Tenacidad, homéricas hazañas,
Desventuras sin par, cuitas extremas,
Inconcebibles, épicas hazañas,
Que no caben en libros ni en poemas,
Marcaron en los mapas dos Españas;
Fué española del mar la doble orilla.
¡Méjico por Cortés! ¡Dios por Castilla!

IX.

Asombro de ambos mundos su victoria,
Á Cortés del pasado entre la bruma
Admiran á la luz de tanta gloria
Los que no envidian su victoria suma.
¿Cuál es después de Méjico la historia?
Veloz sobre ella al resbalar mi pluma,
Tal vez á ser mi cántico descienda
Frio resúmen de vulgar leyenda.

X.

«Por España y por Dios» con fé y sin miedo
Dijo Cortés entrando los lugares:
«Por Dios y por España!» el padre Olmedo
Decia detrás de él alzando altares.
La furia del soldado templó ledo
De Cristo el sacerdote: y ambos pares
En la fé, y en valor nadie el segundo,
Dieron á Cárlos quinto un nuevo mundo.

XI.

El primero de austriaca dinastía,
Emperador y Rey, Cárlos primero
Soñó en sí vincular la monarquía
Universal, ser rey del mundo entero.
Dios cási se la dió, cual ser podia
En siglo tál fanático y guerrero:
Alumbrando discordias y esterminios,
No se ponía el sol en sus dominios.

XII.

Cárlos, rey en sus reinos extranjero,
Imperó en el desórden provocado
Sólo por él: se levantó Lutero
Contra Roma: harto de ella y ultrajado
Se alzó contra su Corte el comunero:
El viejo mundo, en guerras empeñado
Por él, se hundió en desórden tan profundo,
Que infiltró el gérmen de él al nuevo mundo.

XIII.

En vano el capitan noble y valiente
Enviaba desde Méjico á Castilla
De aquel nuevo país y nueva gente
Crónica ingénua en narracion sencilla:
En vano el sacerdote inteligente
De la fé derramando la semilla,
Pedia para el indio mejicano
Á la Iglesia favor y al Soberano.

XIV.

Era un siglo de gloria y entusiasmo:
Soñó Europa no más que guerra y oro:
Creyó que habia dormido en un marasmo
De indigencia á la boca de un tesoro,
Cuando á la pobre España vió con pasmo
Avasallar el mar, rendir al moro:
Y rey de medio mundo el rey de España,
Contra la otra mitad salió á campaña.

XV.

Robó tierra á la Iglesia la heregía,
La ardiente inquisicion saltó á la arena
En favor de la fé y la monarquía;
Francia arriesgó tenáz, de celos llena,
Contra el Emperador cuanto tenia:
Y él para batallar en tierra agena,
Viendo no más en Méjico un tesoro,
Le decía no más, «mándame oro.»

XVI.

El rey al labrador para soldado
Sacaba sin piedad de sus hogares,
Dejando herial el campo no sembrado:
La inquisicion en pró de los altares
Arrancaba al judío del mercado
Y al morisco industrial de sus telares:
Queriendo con un celo temerario
Dar cristianos á Dios y oro al erario.

XVII.

Y en pós de libertad ó de riqueza,
Cuantos la inquisicion ó la justicia
Ó la guerra dejaban en pobreza,
Aprovecharon la ocasion propicia
De salvar su caudal y su cabeza
De la fé armada y de la real codicia;
Y del juicio y la leva los azares
Esquivando, lanzáronse á los mares.

XVIII.

Por más que los leales y los buenos,
Que se le habian ganado al Soberano,
Le pedian de juicio y razon llenos
Que enviara sólo al suelo mejicano
Jueces de envidia y ambicion agenos
Y sacerdotes de valor cristiano,
Él enviaba no más á quien más oro
Mandara desde Méjico al tesoro.

XIX.

Y el ladron y el apóstata que huian
De tribunal civil ó religioso,
Las polillas sociales que nacian
Del polvo de aquel tiempo borrascoso,
Langostas de la América, caian
Sobre su campo virgen y abundoso;
Y, lejos de la ley, iban sin freno
De jérmenes de mal á henchir su seno.

XX.

Y el soldado rapaz, el fraile ignaro,
El tornadizo de judio y moro,
El juez venal, el mercader avaro,
Echando al mar vergüenza, fé y decoro,
Fueron á aquella tierra á vender caro
Fé, justicia, hasta su alma á cambio de oro:
Y de mal estos gérmenes distintos
Dieron entre los *indios* y los *pintos*.

XXI.

El indio es haragan, supersticioso,
De limitado y torpe entendimiento;
Como desnudo, impúdico; vicioso
Como nutrido mal de acre alimento.
El pinto, que es de Méjico el leproso,
Nace manchado el cuerpo macilento
De herpéticos lunares movedizos,
Ecsudacion de virus pegadizos.

XXII.

Dios no nos dió en la tierra madre mala;
Pero aquí como allá la madre tierra
Al haragan y al vago no regala
El pan ni el oro que en su seno encierra:
Fecúndanla azadon, arado y pala,
No sangre derramada en larga guerra:
Así fué que los vagos que allá fueron,
Pobres aquí y en Méjico se vieron.

XXIII.

Y el estómago de hambre y las entrañas
De odio y pesar roidos, acordaron
Utilizar allí sus viejas mañas;
Las indias y las pintas no tardaron
Con ellos en unirse, y sus cabañas
Otra projenie péxima albergaron:
Hijos de aquellos padres tornadizos
Hoy los léperos son y los mestizos.

XXIV.

Mala sangre española y mala indiana,
Ni indios en realidad ni castellanos,
Brotó esta innoble raza americana,
Del continente occidental gitanos.
Y renegados de su raza hispana,
Y repugnando confesarse indianos,
Ni cristianos ni idólatras, lo mismo
Deshonran la india fé que el cristianismo.

XXV.

Vale en España más honra que oro:
Reyes tambien de América sus reyes,
Dieron al fin á Méjico decoro
Y alto valor social con sabias leyes:
Dieron, sin menoscabo del tesoro,
Pan y justicia al pueblo sus vireyes;
Y la Iglesia católica en sus templos
Le dió instruccion y de virtud ejemplos.

XXVI.

Integros jueces, nobles caballeros,
Comerciantes esentos de avaricia
Y monges evangélicos y austeros,
En pró de la moral y la justicia
Esgrimieron al par leyes y aceros
Contra la iniquidad y la codicia:
La razon alumbrando y las conciencias
Su virtud, su palabra y sus sentencias.

XXVII.

Sábios de toga y nobles de golilla
Fueron con nobles de solar y espada
Á echar, bajo los fueros de Castilla,
De otra raza leal, noble y honrada
En aquellas regiones la semilla;
Solariega nobleza allí creada
Sembró allí el gérmen del honor cristiano,
Prez del blason del pueblo castellano.

XXVIII.

El comercio, la paz, la fé, y las leyes
Á Méjico atrageron la bonanza
De la gloriosa edad de los vireyes;
Al camino sacó con confianza
El rey su oro, el labrador sus bueyes:
La nobleza, el comercio, la labranza
Y el clero se fiaron grandes sumas,
Sin haber menester prendas ni plumas.

XXIX.

No le ocurrió jamás á un castellano
Súbdito del buen rey Cárlos tercero,
La palabra poner de un mejicano
Peor que la de un noble caballero;
Giraba allá el comercio gaditano
Oro con que comprar un mundo entero;
É indiano que de Méjico venia,
Hasta el tesoro real franco tenia.

XXX.

Y era Méjico un pueblo hospitalario,
Rumboso, alegre, decidor, sincero;
Como hijo de andaluz un poco vário,
Mezcla de comerciante y caballero:
Y enviaba sus millones al erario
Queriendo en la metrópoli primero
Ser hidalgo español que no escatima,
Que mercader á quien el dar lastima.

XXXI.

Como hijo de la alegre andalucia
Pródigo de convites y de fiestas,
Aniversario de *algo* cada dia,
Ferias tenia sin cesar dispuestas:
Y en medio de ruidosa coheteria,
Las campanas á vuelo siempre puestas,
En *jamáicas* pasaba y *coleaderos*
Bajo un cielo sin par meses enteros.

XXXII.

El indio humilde, el lépero ladino
Ya á respetar el fuero acostumbrado,
Siempre sagaz, pero jamás dañino,
Del español y el rico apadrinado,
En la calle, el paseo, y el camino
Al español y al rico hacia lado:
Viendo todos sin ódio ó pesadumbre
Tal superioridad como costumbre.

XXXIII.

Hombreaba hidalgo el español: el rico
Al lépero y al indio mantenía;
Mantenido y en paz, cerraba el pico
El pueblo á quien tál yugo no oprimía;
El ceño se fruncian un tantico,
Mas podian llamarse cada dia
Sin ponerse uno á otro en ningun potro
Lépero el uno, y *gachupin* el otro.

XXXIV.

Aceptando ambos pueblos los deberes
De aquella sociedad indo-cristiana
Y de siervo y señor los caracteres,
(Española honradez y astucia indiana)
Á fundir ayudando las mujeres,
Lazo comun de la flaqueza humana,
Del indio astuto y del audaz hispano
Se produjo el carácter mejicano.

XXXV.

Áspero el español en su ardimiento
De vencedor con humos todavia,
Sagaz en su preciso rendimiento
El natural que á su merced vivia,
Aquel antes hóstil doble elemento
Confundiéndose más fué cada dia;
Hasta que, ni español ni americano,
Dió de sí un nuevo pueblo; el mejicano.

XXXVI.

Pueblo medio oriental medio europeo,
Tan descuidado cual de ingenio agudo,
Gracioso y perspicaz como algo feo,
Como al trópico cerca, algo desnudo,
Bailó, cantó y dió gusto á su deseo
Y á un buen virey, que se fingió ceñudo
Por no arriesgar su autoridad, basada
En aquella opresion tal vez amada.

XXXVII.

Con un puñado de soldados viejos
Y unas cuantas parejas de corchetes,
Ayudando los rústicos concejos,
Se regia aquel pueblo: que entre cohetes
Y repiques, vaciaba los pellejos
De pulque, haciendo trobos y motetes
Lo mismo al noble santo de la fiesta,
Que á la moza más guapa ó mejor puesta.

XXXVIII.

Alguno que otro dia por un bando
Que habia un rey de España se sabia
Que se llamaba Cárlos ó Fernando;
Y por el funeral que se le hacia
Y el busto del troquel que iba cambiando
Que cambiaba de Rey se apercibia;
Y así sufría el pueblo mejicano
Lo que llamaba el yugo castellano.



SIGLO XIX.

XXXIX.

Llegó al fin nuestro siglo turbulento:
Sacudió la tormenta las naciones
Viejas de Europa: bamboleó el cimiento
Del trono en que dormían los Borbones:
El sol de la república sangriento
Enjendró á Napoleon con sus legiones:
Y en el són de un cantar republicano
Cruzó la libertad el occëano.